

TRAS LA REVELACIÓN, LA DUDA

Mario estaba trastornado.

La especie de antipatía que había sentido siempre hacia el supuesto padre de Cosette estaba ya explicada. Encontraba en aquel personaje un no sé qué enigmático, de que le advertía su instinto, y el enigma era la peor de las vergüenzas, el presidio. El señor Fauchelevent era el presidiario Juan Valjean.

Hallar de improviso semejante secreto en medio de su dicha, equivalía á descubrir un escorpión en un nido de tórtolas.

En adelante la felicidad de Mario y de Cosette ¿no podría prescindir de aquel testigo? ¿Era este un hecho consumado? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptación de Juan Valjean? ¿No había ya remedio? ¿Se había casado también Mario con el prófugo del presidio?

Por más que se ciña una corona de luz y de alegría, por más que se saboree la hora más feliz de la existencia, el triunfo del amor, los sacudimientos de esta clase harían estremecerse al mismo arcángel en su éxtasis, al mismo semi-dios en su gloria.

Como acontece siempre con los cambios de situación por el estilo del que acabamos de relatar, pre-

guntábase Mario si no tendría algo que echarse en cara. ¿Su previsión, su prudencia habrían sufrido un voluntario eclipse? Tal vez. ¿Habriase empeñado, sin la necesaria precaución, sin aclarar bien las circunstancias de la persona, en la aventura amorosa, cuyo término era el casamiento con Cosette? Conocía (y por esta serie de estudios sucesivos del hombre sobre sí propio, es como la vida nos proporciona alguna enseñanza), conocía, decimos, el lado quimérico y visionario de su naturaleza; especie de nube interior propia de muchas organizaciones, que en los excesos de la pasión y del dolor se dilata por alterarse la temperatura del alma, é invade al hombre hasta el punto de convertirle en una conciencia bañada por la bruma.

Más de una vez hemos indicado este elemento característico de la individualidad de Mario. Recordaba que en la embriaguez de su amor, durante las seis ó siete semanas de éxtasis que había pasado en la calle Plumet, ni siquiera habló á Cosette del drama de la casuca Gorbeau, donde la víctima guardó tan extraño silencio, en medio de la lucha, fugándose al ser aprehendidos los criminales. ¿Cómo se concibe que no hubiese dicho una palabra de esto á Cosette, y más siendo un acontecimiento tan reciente y terrible? ¿Cómo se concibe que no hubiese nombrado ni aún á los Thenardier, sobre todo el día que encontró á Eponina?

Trabajo le costaba explicarse ahora el silencio de entonces.

Explicábaselo, sin embargo, recordando su aturdimiento, su embriaguez al lado de Cosette, el amor absorbiéndolo todo, aquel arrobamiento mutuo en lo ideal, y quizá también como la cantidad imperceptible de razón mezclada con aquel estado violento, aunque agradable del alma, un vago y sordo instinto.

de ocultar y de abolir en su memoria la horrible aventura cuyo contacto temía, en la que le repugnaba representar ningún papel, y de la cual no podía ser cronista ni testigo, sin ser al mismo tiempo acusador.

Por otra parte, aquellas pocas semanas habían pasado como un relámpago, sin dejarle espacio más que para amarse.

En fin, pesado y analizado todo, resultaba que, aún en el caso de haber referido la asechanza de la casuca Gorbeau á Cosette, de nombrarle á los Thenardier, y hasta haber descubierto que Juan Valjean era un presidiario, ¿hubiera bastado esto para que él cambiase? ¿Para que cambiase Cosette? ¿Hubiera él retrocedido? ¿La hubiera adorado menos? ¿Hubiera desistido del casamiento? No.

Nada tenía, pues, que sentir ni que echarse en cara.

Hay un Dios para esos beodos que se llaman los enamorados. Mario había seguido ciego, el camino que hubiera elegido con la vista clara. El amor le había vendado los ojos para conducirle: ¿á dónde? al paraíso.

Pero aquel paraíso debía ir rodeado desde entonces de un resplandor infernal.

La antipatía de Mario hacia el señor Fauchelevent, transformado en Juan Valjean, mezclábase ahora con ideas horribles, entre las cuales, justo es decirlo, había algo de lástima y hasta de sorpresa.

El ladrón, y ladrón reincidente, había restituido un depósito: ¿y qué depósito? Seiscientos mil francos, de los que sólo él tenía noticia, y que pudo muy bien guardarse. Había hecho todo lo contrario.

Además, era delator de sí mismo. ¿Quién le obligaba á delatarse? Si se sabía su verdadero nombre, es porque él lo había dicho. Con aquella confesión, Juan

Valjean aceptaba, no únicamente la humillación, sino también el peligro. Para el condenado, la máscara no es la máscara; es un abrigo. Un nombre falso, es la seguridad, y él había renunciado al que le encubría. Podía, siendo presidiario, ocultarse para siempre en el seno de una familia honrada, y había resistido á esta tentación. ¿Y por qué? Por escrúpulo de conciencia. Sus palabras explanatorias tenían el irresistible acento de la realidad.

En suma, quien quiera que fuese aquel hombre, incontestablemente se le debía considerar como una conciencia que se despertaba. Había en él cierta misteriosa rehabilitación, aún en sus principios; y, según todas las apariencias, hacía mucho tiempo que el escrúpulo dominaba en su alma. Tales accesos de lo justo y de lo bueno no son propios de naturalezas vulgares. El despertar de la conciencia indica un alma grande.

Juan Valjean era sincero. Esta sinceridad visible, palpable, irrefragable y aún evidente por el dolor que le causaba, hacía inútiles las pesquisas. ¡Inversión extraña de las situaciones! ¿Qué brotaba para Mario del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Y de Juan Valjean? La confianza.

En el misterioso balance que Mario formaba de aquel individuo, comparando el debe y el haber, quería llegar á un resultado; pero sentíase como envuelto en un torbellino. Esforzándose en deducir una idea clara de Juan Valjean, y persiguiéndole, por decirlo así, en el fondo de su pensamiento, le perdía y no volvía á encontrarle sino en bruma fatal.

El depósito restituido honradamente y la probidad de la confesión, eran acciones meritorias y producían como un resplandor en la nube; ésta en seguida se ponía otra vez negra.

Aunque los recuerdos de Mario fuesen confusos,

explicábase ahora ciertas escenas antes inconcebibles.

¿Qué venía á ser la aventura del desván de Jondrette? ¿Por qué á la llegada de la justicia, aquel hombre, en lugar de querellarse, había huido? Mario encontraba esta vez la respuesta: Porque aquel hombre era un forzado que andaba prófugo.

Otra pregunta: ¿Por qué había ido aquel hombre á la barricada? Pues Mario veía ahora aparecer distintamente este recuerdo al impulso de sus emociones, como la tinta simpática cuando se arrima al fuego. Aunque estaba allí, no combatía. ¿Qué había ido, pues, á hacer? Ante esta pregunta surgía un espectro y daba la contestación. Era Javert. Mario recordaba perfectamente la fúnebre visión de Juan Valjean arrastrando fuera de la barricada á Javert, atado, y oía aún detrás del ángulo de la callejuela Mondetour el horrible pistoletazo. Existía, sin duda, odio entre el espía y el presidiario. El uno molestaba al otro; y Juan Valjean había ido á la barricada por vengarse. Llegó tarde. Probablemente sabía que Javert había sido hecho prisionero. La venganza corsa ha penetrado en ciertas hondonadas y domina allí; es tan sencilla que no asusta á las almas convertidas al bien de una manera incompleta; y tal es la índole de esa clase de personas, que un criminal, en vía de arrepentimiento, puede tener escrúpulo de robar y no de vengarse. Juan Valjean había matado á Javert, á lo menos parecía evidente.

Última pregunta, á la cual no encontraba qué responder, sin embargo de sentirla como unas tenazas. ¿Por qué la existencia de Juan Valjean había corrido tanto tiempo unida á la de Cosette? ¿Qué significaba esa obra sombría de la Providencia al poner aquella niña en contacto con semejante hombre? ¿Se forjan en el cielo cadenas dobles, y Dios se complace en

juntar al ángel con el demonio? ¿Pueden ser compañeros de cuarto, en el misterioso presidio de la miseria, un crimen y una inocencia? ¿Pueden, en el desfiladero de condenados que se llama el destino humano, pasar tocándose dos frentes, la una cándida y la otra formidable; la una bañada de los divinos matices del alba, la otra para siempre pálida con el siniestro brillo de un eterno relámpago? ¿Quién había determinado aquella unión inexplicable? ¿Cómo, por qué prodigio se había establecido tal comunidad de vida entre la celestial niña y el viejo presidiario? ¿Quién había ligado el cordero al lobo, y lo que era aún más incomprensible, el lobo al cordero? Porque el lobo amaba al cordero; porque el ser feroz adoraba al débil; porque, durante nueve años, el ángel había tenido por punto de apoyo al monstruo. La infancia y la adolescencia de Cosette, su virginal desarrollo de vida y de luz, habían encontrado abrigo en aquella abnegación disforme. Aquí las cuestiones se esfoliaban, por decirlo así, en enigmas innumerables, los abismos se abrían en el fondo de los abismos, y al querer Mario sondear á Juan Valjean, sentía vértigos. ¿Qué era, pues, aquel hombre erizado de precipicios?

Los antiguos símbolos del Génesis son eternos. En la sociedad humana, tal como hoy existe, y hasta el día en que una claridad mayor la altere, habrá siempre dos hombres, uno superior y otro subterráneo; uno caminando hacia el bien, Abel; otro torciéndose hacia el mal, Caín. Pero ¿cómo definir aquel Caín sensible? ¿Aquel bandido, religiosamente absorto en la adoración de una virgen, velando por ella, educándola, custodiándola, dignificándola y envolviéndola, siendo él impuro, en pureza? ¿Juan Valjean formando el corazón de Cosette? ¿La figura tenebrosa dedicándose exclusivamente á preservar de toda sombra y de toda nube la salida de un astro?

Este era el secreto de Juan Valjean, y también de Dios.

Ante estos dos secretos, Mario retrocedía. En cierta manera, el uno le tranquilizaba acerca del otro. La Providencia, en aquella aventura, era tan visible como Juan Valjean. Dios tiene sus instrumentos y se sirve de la herramienta que quiere. No es responsable ante el hombre. ¿Conocemos nosotros las misteriosas vías de la Providencia? Juan Valjean había trabajado en la perfección de Cosette, contribuyendo un poco á formar su alma; esto era incontestable. ¿Y qué? De un obrero horrible había resultado una obra admirable.

Dios hace los milagros como mejor le cuadra. Le plugo emplear á un hombre de los antecedentes de Juan Valjean en el desenvolvimiento de la graciosa niña. Pero, aunque fuese extraño el colaborador, ¿qué cuenta tenemos que pedirle? ¿Es la primera vez que el estiércol ayuda á la primavera á hacer la rosa?

Mario se respondía á sí mismo, y calificaba de buenas sus respuestas. No había osado insistir con Juan Valjean sobre los puntos que acabamos de indicar, aunque guardándose bien de reconocer que le faltaba atrevimiento para ello. Adoraba á Cosette, la poseía; Cosette era pura como los ángeles. ¿Qué otra aclaración necesitaba? Cosette era una luz y la luz lleva consigo la claridad. Mario tenía todo. ¿Qué podía desear? ¿Acaso *todo* no es *bastante*? Los negocios personales de Juan Valjean no le incumbían, principalmente desde la declaración solemne del miserable: *No soy nada de Cosette. Hace diez años ignoraba su existencia.*

Juan Valjean era un simple transeunte, como había dicho él mismo. Pasaba, pues, y quien quiera que fuese, su papel había concluído. En lo sucesivo

Mario cumpliría las funciones de la Providencia junto á Cosette. Cosette había encontrado en las regiones etéreas á su igual, á su amante, á su esposo, á su celestial compañero. Al remontarse á las alturas, alada y transfigurada, dejaba tras de sí en la tierra su crisálida vacía y horrible: Juan Valjean.

En cualquier círculo de ideas que girase Mario, siempre se reproducía su horror hacia Juan Valjean. Horror sagrado quizá; porque, según hemos insinuado, sentía cierto *quid divinum* en aquel hombre. Sin embargo, por más atenuaciones que buscase, preciso le era siempre acabar por aquello de: es un presidiario; es decir, el ser que, en la escala social, carece hasta de sitio, por no ocupar siquiera el pie. Después del último de los hombres está el presidiario.

El presidiario no figura, digámoslo así, entre los vivientes. La ley le ha privado de toda la cantidad de humanidad que puede quitar á un hombre. Mario, en las cuestiones penales, admitía, aunque demócrata, el sistema inexorable, y tenía, acerca de los que la ley hiere, todas las ideas de la ley. No había hecho aún, preciso es decirlo, todos los progresos. No era aún capaz de distinguir entre lo escrito por el hombre y lo escrito por Dios; entre la ley y el derecho. No había examinado y pesado el derecho que se arroga el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. No le irritaba la palabra *vindicta*. Parecíale natural que ciertas infracciones de la ley escrita fuesen seguidas de penas eternas, y aceptaba como procedimiento de civilización la condena social. Lo cual no significaba que más adelante dejase de avanzar infaliblemente, pues su índole era buena y estaba compuesta, en el fondo, de progreso latente.

Con las ideas que entonces profesaba, Juan Valjean era para él disforme y repugnante. Era el réprobo, el presidiario. Esta voz le causaba el efecto de la trom-

peta del juicio final, y después de haber considerado por mucho tiempo á Juan Valjean, su último gesto fué volver la cabeza. *Vade retro.*

Mario, fuerza es reconocerlo é insistir en ello, aunque interrogase á Juan Valjean hasta el punto de decirle éste: *Me confesáis*, no le había dirigido dos ó tres preguntas decisivas; y no porque no le ocurriesen, que sí le habían ocurrido, pero inspirábanle cierto pavor. ¿El desván de Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe á dónde habrían llegado las revelaciones? Juan Valjean no parecía hombre capaz de retroceder. ¿Y quién sabe si Mario, después de empujarle, no hubiera deseado retenerle? ¿No nos ha sucedido á todos en circunstancias supremas, hacer una pregunta, y taparnos luego los oídos para no oír la contestación?

Estas flaquezas son propias sobre todo de los enamorados.

No es prudente interrogar hasta lo último á las personas colocadas en situaciones siniestras, en especial cuando la parte indisoluble de nuestra vida se encuentra fatalmente mezclada con ellas. De las explicaciones desesperadas de Juan Valjean podía brotar alguna luz espantosa. ¿Y quién sabe si esa horrible claridad no se extendería hasta Cosette, esparciendo una especie de matiz infernal sobre la frente de aquel ángel? La fatalidad tiene de esas solidaridades, en que la marca del crimen se graba en la misma inocencia por la sombría ley de los reflejos colorantes. Las más candidas figuras pueden conservar para siempre la reverberación de una vecindad horrible.

Con razón ó sin ella, Mario había tenido miedo. Sabía ya demasiado, y más bien quería aturdirse que ilustrarse. En el colmo de la desesperación, llevaba á Cosette en sus brazos, cerrando los ojos por no ver á Juan Valjean.

Este hombre era la noche; noche palpitante y terrible. ¿Cómo atreverse á buscar el fondo? Es atroz dirigir preguntas á la sombra. ¿Quién sabe lo que va á responder? El alba pudiera perder eternamente su blancura.

En tal situación de espíritu, era para Mario una perplejidad dolorosa pensar que aquel hombre se rozaría en lo sucesivo, aunque apenas, con Cosette. Reprendíase ahora no haberle hecho esas formidables preguntas, ante las cuales había retrocedido y de las que hubiera podido resultar una decisión implacable y definitiva. Encontrábase demasiado bueno y generoso; en una palabra, demasiado débil; debilidad que le indujo á consentir en una imprudencia. Se había dejado conmover; suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejar de su casa á Juan Valjean.

Indignábase contra sí mismo, contra el torbellino de emociones que le había aturrido, cegado y arrastrado.

¿Qué haría ahora? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban profundamente. ¿Qué significaba aquel hombre en su casa? Esta pregunta le ponía de nuevo al borde del abismo, que no osaba profundizar; hasta temía sondearse á sí propio. Había ofrecido en un momento de conmoción, de debilidad; Juan Valjean contaba con su promesa; y es preciso cumplir la palabra que se da, aunque se dé, y sobre todo si se da á un presidiario. Sin embargo, su principal deber era hacia Cosette. En suma, existía en él una repulsión que lo dominaba todo.

Mario resolvía este confuso agrupamiento de ideas en su cerebro, pasando de una á otra y sobresaltándole todas. De donde resultaba para él una agitación profunda; agitación que le costó mucho ocultar á Cosette; pero el amor, que es un talento, le ayudó á conseguirlo.

Por lo demás, hizo sin objeto aparente algunas preguntas á Cosette, cándida como una paloma, y sin recelar nada. Le habló de su infancia y de su juventud, convenciéndose cada vez más de que el presidiario había sido, respecto de Cosette, todo lo bueno, paternal y respetable que cabe en una criatura humana. Cuanto Mario había entrevisto y supuesto era verdad. Aquella ortiga siniestra había amado y protegido aquel lirio.

LIBRO OCTAVO

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE